

Kalman Silvert, amigo y compañero de ruta

por JULIO COTLER | Instituto de Estudios Peruanos | jcotler@iep.org.pe

A pesar de que mi relación con Kalman Silvert se forjó a través de esporádicos y distanciados encuentros, logramos establecer una relación de confianza que dio cabida a un valioso intercambio intelectual que contribuyó a orientar mi actividad académica y, más importante, a fijar mi adhesión a los postulados democráticos.

Mi primer encuentro con Kalman Silvert fue en Caracas. Al poco tiempo de haber culminado mis estudios en Francia, me incorporé al Centro de Estudios para el Desarrollo, CENDES, de la Universidad Central de Venezuela, cuyo propósito era (es) estudiar las condiciones del subdesarrollo de Venezuela y de los países latinoamericanos, y elaborar propuestas originales para remontar esta situación, en circunstancias que la épica de la Revolución Cubana competía con la fría imagen tecnocrática de la Alianza para el Progreso.

Esos propósitos propiciaron que CENDES invitara a distinguidos académicos de distintas disciplinas, provenientes de Estados Unidos, Europa y América Latina, para que presentaran sus puntos de vista sobre dichas cuestiones. Entre ellos, Kalman Silvert y Frank Bonilla, con la experiencia adquirida con los trabajos que habían realizado para el American Universities Field Staff, expusieron con conocimiento de causa los complejos problemas de la región que Silvert incorporó en *The Conflict Society: Reaction and Revolution in Latin America* (1961) y en *Expectant Peoples: Nationalism and Development* (1963). En la introducción de este último libro y en el capítulo que escribí sobre Argentina, Kalman recogía y renovaba la concepción sobre el nacionalismo, al tiempo que las contribuciones de diversos autores, como el de Richard Patch sobre la revolución

boliviana y el de Frank Bonilla acerca de la ideología nacionalista en Brasil abrían nuevas pistas de investigación.

Pero la presentación del estudio que Kalman Silvert y Frank Bonilla estaban desarrollando sobre educación y nacionalismo despertó un especial interés en el plantel docente, lo que influyó para que la dirección de CENDES invitara a Frank a desarrollar un plan de investigaciones, al tiempo que continuaba colaborando con Kalman Silvert, quien combinaba la actividad académica con la consultoría en la Fundación Ford.

A partir de entonces, en los encuentros que tuvimos en diferentes lugares compartimos la preocupación por los problemas de la región, especialmente la incidencia de la guerra fría en el desarrollo de ideologías y de comportamientos políticos anti-democráticos. La exposición de esta posición y la cerrada defensa de la democracia liberal en diversos escenarios fue motivo para que intelectuales latinoamericanos de izquierda criticaran duramente a Kalman, aduciendo que la defensa de los valores burgueses propios de ese régimen contrariaba la posibilidad de fundar una democracia auténtica, directa. (Años más tarde, las dictaduras militares inducirían a muchos de ellos a retractarse).

Después de Caracas, recuerdo que el siguiente encuentro con Kalman Silvert fue en Lima, en circunstancias que el Instituto de Estudios Peruanos, al que me había incorporado después de cinco años en el CENDES, en Caracas y Cambridge, atravesaba por una seria crisis que hacía peligrar su existencia. Esto era así porque los directivos de la institución tomaron posiciones antagónicas con relación a las reformas decretadas por los militares; debido a que el gobierno cortó la subvención oficial porque nos negamos a

convertir al instituto en vocero intelectual del régimen; y por las amenazas provenientes de personajes oficiales, a raíz de las críticas al hecho que las reformas se ejecutaban aplicando métodos autoritarios, motivo para afirmar que el gobierno de las fuerzas armadas pretendía “democratizar la sociedad por la vía autoritaria” (como hoy, los gobiernos del Alba).

En estas circunstancias, Kalman Silvert, discretamente, trató de averiguar nuestra disposición a recibir apoyo económico de la Fundación Ford para mantener nuestra independencia, corriendo el riesgo de ser acusados de estar al servicio del imperialismo; tiempo después supe que ante nuestra respuesta positiva, Kalman en su condición de consultor de la Fundación recomendó conceder apoyo al IEP, lo que se hizo realidad así como las acusaciones por esta relación.

Esta fue una ocasión propicia para que Kalman expresara su disposición a defender las libertades y los derechos de los ciudadanos, por sobre toda otra consideración, reivindicando los principios republicanos y liberales, como condición para afinar la igualdad y la autonomía de los individuos. Esta lección de civismo no pasó desapercibida y por defenderla tuve que pagar un costo inesperado.

En efecto, a los pocos días del golpe de Pinochet, fui expulsado por el gobierno militar a Buenos Aires donde coincidí con Kalman Silvert quien preparaba el plan de salvataje de científicos sociales que describe Richard Dye. En esta oportunidad nuevamente lo encontré defendiendo con denuedo las instituciones liberales y criticando a los que irresponsablemente habían creado las condiciones para desatar las fuerzas reaccionarias. Aparentemente, la trágica lección serviría para que muchos reconocieran el valor de los planteamientos

Kal Silvert: A Personal Appreciation

by TOMMIE SUE MONTGOMERY

que Kalman sustentaba en conversaciones, en artículos y en libros (ver, por ejemplo, *The Reason for Democracy*, 1977).

A raíz de mi incorporación en el Joint Committee del Social Research Council junto con Fernando Henrique Cardoso y Osvaldo Sunkel tuve oportunidad de reunirme en New York con Kalman y su colaborador, Joel Jutkowitz, continuando el intercambio relativo a la naturaleza de los problemas latinoamericanos y de sus posibles soluciones democráticas. Al tiempo que compartíamos con Frida y sus hijos no cesaba de advertir que cualquier solución autoritaria era contraria a la dignidad humana y tenía una deriva criminal, como lo mostraban las experiencias nazi-fascista y las versiones estalinistas.

En uno de esos viajes, la noticia de la muerte de Kalman Silvert me conmovió. Perdía un amigo y un valioso interlocutor con el que hoy podría seguir compartiendo ideas, proyectos y hasta esperanzas. ■

Lima, octubre 2012.

Kalman Silvert was, at first, just one more name on a text that was required reading in a Latin American politics course at a southern university in the late 1960s. *The Conflict Society: Reaction and Revolution in Latin America* was an important introduction to the region and an antidote to the comparative-development tomes that were all the rage. This was a book that made Latin America and its people come alive in all their complexity rather than reducing them to numbers and generalizations about the extent to which they didn't meet Western (read North American) standards of progress and development—and probably never would. I kept *Conflict Society* close at hand.

In 1970, with my academic career on the verge of disaster, I looked for another graduate program at which to complete my doctorate. New York University offered the program of choice so I applied. Kal was at NYU by this time; he was close friends and colleagues with a senior individual from my current institution, and Kal argued for, indeed shepherded my application through to admission. If it weren't for Kal Silvert, I wouldn't have some fancy initials hanging after my name and I would not be writing this.

Kal welcomed me to NYU as though he had known me forever and made it clear that I should call on him for help and support as needed. It didn't take long. About six weeks into my first semester I was totally overwhelmed by a far more demanding program than I had left. Doubting whether I could make it, I called Kal and he invited me around to his famous apartment on the south side of Washington Square.

I don't remember much of the hour-long conversation, but I will never forget his words as I took my leave: "Remember,

Tommie Sue, your success is as much *our* responsibility as it is yours." That was the first—and only—time in my life that a teacher acknowledged his and his colleagues' role and responsibility in the academic success of their students. Heretofore my experience and observation was a dominant if not universal professorial attitude that "if you make it, it's your glory; if you fail, it's your fault."

I know, because Kal once told me, that I wasn't the only doctoral student he had "rescued" from a dysfunctional program. In this case, a doctoral candidate at Yale had the rug pulled out from under him during his dissertation defense. Kal participated in the oral review of the dissertation, under Yale's system, the only defense of a dissertation. The student's adviser gave a glowing review of the work to date. However, when the dissertation was presented in its final form, the same adviser refused to defend it and raised new issues that went to the heart of the dissertation and its thesis, framework, and analysis. For the professor in question the dissertation did not merit a pass and, indeed, was so flawed that revisions were out of the question. Kalman Silvert thought the action of the adviser was arrogant and his comportment unreasonable and unethical—and said so. Kal brought his student to NYU. Within a year the student had his doctorate and went on to a successful career.

It was clear from these experiences that Kal Silvert did not suffer fools; I was honored and delighted to be excluded from their company.

Later, in a course with him, I was continually impressed by the ways in which he drew students into the conversation of the day, getting all of us to think and to use our analytic abilities and improving them